



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

CARTA PASTORAL EN EL DÍA DEL DOMUND Octubre de 2007

Queridos diocesanos:

La historia de la Iglesia enseña con clarividencia que siempre que la santidad personal ha tenido vitalidad entre los cristianos, ha florecido también no sólo el espíritu misionero sino las actitudes morales en todo el pueblo de Dios, en el apostolado y en la capacidad contagiosa de salvación. Y siempre que los cristianos se han situado en la superficialidad de la vida, las consecuencias han sido la pérdida de identidad cristiana de las propias comunidades y la paralización de la capacidad misionera de la Iglesia.

La Iglesia misionera

La Jornada misionera de la Iglesia es una llamada acuciante que nos recuerda que a muchas personas no ha llegado todavía el Evangelio. Es una ocasión providencial de reflexión sobre la urgencia y actualidad de la acción misionera de la Iglesia. “La Iglesia es misionera por su propia naturaleza ya que el mandato de Cristo no es algo contingente y externo, sino que alcanza al corazón mismo de la Iglesia. Por esto, toda la Iglesia y cada Iglesia es enviada a las gentes”¹. Benedicto XVI subraya que “como se ha reafirmado muchas veces, el compromiso misionero sigue siendo el primer servicio que la Iglesia debe prestar a la humanidad de hoy, para orientar y evangelizar los cambios culturales, sociales y éticos; para ofrecer la salvación de Cristo al hombre de nuestro tiempo, en muchas partes del mundo humillado y oprimido a causa de pobreza endémicas, de violencia, de negación sistemática de derechos humanos”².

“Dichosos los que creen”

Esta Jornada propone a nuestra reflexión las palabras de Jesús resucitado dirigidas al apóstol Tomás que nos señalan a todos los cristianos la preocupación de suscitar la fe en aquellos que sin ver están llamados a creer. Amar a una persona es vivir la experiencia de su presencia aunque no la veamos porque el corazón tiene razones que a veces la razón no las comprende. La fe nos lleva a esta experiencia para poder testimoniarla a tantas personas que como Tomás piden ver para creer. Bien es verdad que lo que Dios obra en nosotros es mucho más grande de lo que entra en el pequeño recipiente de nuestra experiencia. No podemos olvidar que la experiencia de fe la recibimos en la comunidad cristiana en la que la fe de cada uno es confirmada por la de los demás. Por eso el apóstol Pedro, haciendo un elogio memorable de aquellos que aman al Señor sin verlo, escribe: “Por lo cual reboáis de alegría, aunque sea preciso que todavía por algún tiempo seáis afligidos con diversas pruebas, a fin de que la calidad probada de vuestra fe, más preciosa que el oro percedero que es probado por el fuego, se convierta en motivo de alabanza, de gloria y de honor, en la Revelación de Jesucristo. A quien amáis sin haberle visto; en quien creéis aunque de momento no lo veáis, rebosando de alegría inefable y gloriosa; y alcanzáis la meta de vuestra fe, la

¹ JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Redemptoris missio*, nº 62.

² BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2007*.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

salvación de las almas” (1 Pe 1,6-9). Los ojos de la fe necesitan la luz de Cristo cuya vida es la luz de los hombres (Jn 1,4). Dispensar la vida e iluminar una existencia oscura, es una misma y única acción. Frente a dictámenes personalistas y egocéntricos -si no lo veo no lo creo- hemos de ofrecer una reflexión serena y la coherencia de vida humilde y responsable ante el Misterio de Cristo. Dar la vida por los demás es una prueba de amor que merece la respuesta de amor y de fe que le llevó al apóstol Tomás a decir: “Señor mío y Dios mío”. Es la luz nueva, la de la fe en la vida y en la resurrección de Cristo. Descubrir esta realidad es evangelizar. Acompañar al encuentro de la fe es ayudar a descubrir a Dios y el sentido de la vida, siendo el primer paso a la felicidad.

Exhortación final

Muchos sacerdotes, miembros de Vida consagrada y laicos han gastado y están gastando su vida al servicio del Evangelio. La evangelización nos compromete a todos. La oración es el primer medio del que disponemos para dar respuesta a este mandato de Jesús. El mismo nos dice: “La mies es mucha y los obreros pocos. Orad pues al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (Lc 10,2). Muchas personas con el testimonio de la palabra y la entrega apostólica han ofrecido el sacrificio de su vida. Providencialmente en este mes de octubre serán beatificados 498 mártires españoles, mártires de la fe. Más de 60 de ellos fueron misioneros en distintas partes del mundo. Es momento de agradecer a Dios el don de la fe deseando transmitirlo a los demás. La oración, el sacrificio y la cooperación económica nos hacen ser solidarios con los pobres a través de los misioneros que no sólo dan lo que tienen sino que se dan a si mismos.

En uno de los himnos de la Liturgia de las Horas rezamos con estas palabras: “Misioneros de la alegría, de la esperanza y del amor, mensajeros del Evangelio somos testigos del Señor”. Este mensaje puede ser el referente para vivir el dinamismo de esta Jornada misionera mundial.

Os saluda con afecto en el Señor,

+Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela